«El primer móvil de todas las acciones humanas [...] bien merece algún lugar en este teatro»: Feijoo y el amor

PHILIP DEACON
(*Universidad de Sheffield*)

Al aproximarse como lector a las obras impresas de Feijoo a más de dos siglos y medio de distancia, resulta imprescindible tener en cuenta dos pautas indicadas en la segunda parte del título del *Teatro crítico universal*. Se proclama en primer lugar el alcance enciclopédico de la empresa en las palabras «discursos varios en todo género de materias» y después la especificidad de enfoque señalada en el objetivo de desengañar al público de «errores comunes»¹. El repaso de los ensayos del *Teatro crítico* demuestra que el punto de partida frecuente es un error común, una verdad a medias o una afirmación exagerada, los cuales llevan a un razonamiento que pretende refutar el error o corregir un lugar común. Otras veces, desde un inicio aparentemente preciso, el autor pasa a tratar asuntos relacionados con el tema inicial que, de haber estructurado el texto de otra manera, podrían haber proporcionado la materia de nuevos discursos o cartas². Y, como han comentado varios estudiosos, el benedictino busca la flexibilidad estructural como solución que permita excursos o la agregación de temas variados para englobarlo todo bajo un título único, aunque otro autor quizás hubiera preferido crear unidades textuales más discretas. El hecho es que algunos temas se nos antojan como de alcance excesivo desde su título mismo, mientras otros, una vez planteados en las frases con que empiezan los discursos, parecen casi apropiados para contestarse de forma escueta, aunque el objetivo del autor sea razonar pormenorizadamente una cuestión, explorando las varias respuestas que la sabiduría tradicional tenía establecidas. El mismo Feijoo era consciente del carácter misceláneo que tenían sus ensayos³, lo que a veces obliga al lector a

¹ Sobre el carácter enciclopédico de la obra de Feijoo, véase José Antonio PÉREZ-RIOJA, *Proyección y actualidad de Feijoo (Ensayo de interpretación)*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1965, págs. 99-102.

² Justifica su organización de las materias de la siguiente manera: «Siempre que las materias, aunque diversas, por convenir debajo de alguna razón genérica podían unirse, si por otra parte cada una por sí sola o no permitía o no merecía mucha extensión, he procurado colocarlas debajo de un título, como componiendo un discurso solo» (TC, VI, 1, § I, 1). En las citas de las obras de Feijoo modernizo puntuación y ortografía.

³ «De suerte que cada tomo, bien que en el designio de impugnar errores comunes uniforme, en cuanto a las materias parecerá un riguroso misceláneo» (TC, I, «Prólogo»). Sobre el ensayo en el siglo XVIII véase el trabajo magistral de Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, «Ensayo», en *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Francisco Aguilar Piñal (ed.), Madrid, Trotta / CSIC, 1996, págs. 285-325, especialmente las páginas dedicadas a Feijoo (305-316).

buscar otros discursos o cartas en las que podrían figurar aspectos relacionados con el primer objetivo de su interés.

Al declarar el autor en la primera frase del discurso «Causas del amor» que «el primer móvil de todas las acciones humanas» debe tener cabida en su *Teatro*, el lector empieza a cuestionar el tratamiento tan preciso que se le va a ofrecer en este ensayo dada la variedad de temas que Feijoo incluye bajo la idea del amor en el conjunto de su obra. Al profundizar en su variado tratamiento de las relaciones entre los sexos en otros discursos nos damos cuenta de que el «amor» le interesa tanto desde su vertiente moral como desde la fisiológica o social⁴. En el primer caso, el tema puede resultar peligroso, especialmente para un escritor dado a profundizar en los entresijos de las materias y a explorar aspectos novedosos, en concreto los científicos. Al estudioso de hoy, por tanto, le llamarán la atención los problemas de incompatibilidad entre ópticas religioso-morales y las que pertenecen a la ciencia.

Sobre el amor es posible deslindar por lo menos siete aspectos a los que Feijoo presta atención concreta, pero el presente estudio se centrará en tres de ellos, elegidos por su diversidad y por permitir el enfoque en cómo tratan las posibles contradicciones entre las normas del método científico y las exigencias morales del catolicismo. Por ello, se dejan de lado los temas siguientes: el debate sobre si «la semejanza es causa del amor» y más importante que la bondad de lo amado⁵; las maneras de recuperarse después de la ruptura de una relación amorosa⁶; la eficacia de los afrodisíacos⁷; y si los líderes políticos son capaces de compaginar una actividad profesional con su faceta de amantes⁸. Los dos ensayos del *Teatro crítico* que proporcionan la materia de este estudio son el discurso 15 del tomo VII, titulado «Causas del amor», y el discurso 11 del tomo VIII, titulado «Importancia de la ciencia física para lo moral». La parte relevante del primero es más bien técnica y científica; la sección § XIII del segundo se dedica a escenarios públicos que posiblemente fomenten el pecado, y la sección § XIV trata, en palabras de Feijoo, del hecho de que «aunque el excesivo ejercicio venéreo es pernicioso a la salud del cuerpo, el moderado es, respecto de muchos sujetos, provechoso». Este estudio en conjunto se centrará en los razonamientos del Padre Maestro, resaltando su método

⁴ Por esta razón el terreno tratado en el presente trabajo se extiende a la sexualidad humana.

⁵ Trata este tema en TC, VII, 15, § I-VII, 5-30.

⁶ A este tema se dedica el discurso titulado «Remedios del amor» (TC, VII, 16), cuyo desarrollo sigue de cerca el texto del poeta romano Ovidio, *Remedia amoris*. Feijoo termina recomendando lo que un psicólogo de hoy llamaría una terapia por aversión, que él empleó para disminuir el efecto de una experiencia desagradable y que ahora propone como remedio del amor.

⁷ Esta materia, incluida en el *Suplemento de el Teatro crítico, o adiciones y correcciones a muchos de los assumptos que se tratan en los ocho tomos de el dicho Teatro* (Madrid, Imprenta de los Herederos de Francisco de el Hierro, 1740), se agrega al discurso 15 del tomo VII del *Teatro crítico* en las ediciones conjuntas a partir de la de 1765. El texto, titulado «Noticia y vanidad de los filtros», consta de 45 párrafos.

⁸ Tema tratado en TC, VII, 15, § XIV, 62-67. La pregunta de la que arranca el texto es «¿Qué estimación debe dar la política a los genios amatorios?».

científico, su técnica discursiva y aspectos literarios de sus planteamientos fisiológicos, morales y filosóficos⁹.

«Causas del amor»

Aunque la parte científica y más novedosa de «Causas del amor» se encuentra en la segunda mitad del discurso, es necesario tener en cuenta varios puntos planteados en los primeros treinta párrafos del texto porque anticipan aspectos de la metodología filosófica y científica del autor. Es difícil imaginar cómo un lector habría reaccionado en 1736 ante el título «Causas del amor», pero la ampulosa frase inicial sin duda intenta despertar un interés por todo lo que viene a continuación, aunque los párrafos siguientes revelan que el punto de partida del discurso es el característico análisis de un supuesto error común. En este caso el autor empieza por cuestionar la creencia de si la semejanza es más importante que la bondad de lo amado para provocar la pasión del amor; pasión, no olvidemos, es la palabra que se solía emplear entonces para lo que más tarde llamaríamos emoción¹⁰.

La frase de arranque estimula al lector, no solo por su acumulación de comparaciones sino también por el carácter hiperbólico de lo que afirma¹¹:

Un afecto que es el primer móvil de todas las acciones humanas, príncipe de todas las pasiones, monarca cuyo vasto imperio no reconoce en la tierra algunos límites, máquina con que se revuelven y trastornan reinos enteros, ídolo que en todas las religiones tiene adoradores; en fin, astro fatal, de cuya influencia pende la fortuna de todos, pues según sus varios aspectos (quiero decir según su mira a objetos diferentes) a unos hace eternamente dichosos, a otros eternamente infelices; un afecto, digo, dotado de tales prerrogativas, bien merece algún lugar en este teatro. (TC, VII, 15, § I, 1)

Y Feijoo añade poco después que, pese a lo mucho ya escrito sobre el asunto, su texto será innovador porque pocos han tratado el amor desde la perspectiva de la física, esto es, la fisiología (TC, VII, 15, § I, 3).

Los párrafos siguientes revelan elementos tradicionales de la manera de pensar del benedictino, como el concepto de causa heredado del aristotelismo,

⁹ El único estudio del tema del amor en la obra de Feijoo parece ser el de Aurelia G. GARAT, «Variaciones sobre el tema del amor en el pensamiento del Padre Feijoo», en VV. AA., *Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro. Estudios reunidos en el segundo centenario de su muerte 1764-1964*, Buenos Aires, Universidad Nacional de la Plata, 1965, págs. 201-210.

¹⁰ Sobre la evolución terminológica, véase Amélie O. RORTY, «From Passions to Emotions and Sentiments», *Philosophy*, 57 (1982), págs. 159-172.

¹¹ Resulta curioso que solo tres años más tarde, el filósofo escocés David HUME escribiera «another necessity [...] may justly be regarded as the first and original principle of human society. This necessity is no other than that natural appetite betwixt the sexes, which unites them together» (*A Treatise of Human Nature*, L. A. Selby-Bigge (ed.), Londres, Oxford University Press, 1968, pág. 486).

todavía vigente en el siglo XVIII¹², y hasta la segunda parte no se plantean explicaciones del cuerpo humano basadas en investigaciones recientes. Lo que no podemos esperar de un texto de 1736 es una teoría apoyada en la endocrinología, ni explicaciones de la motivación humana fundamentadas en el darwinismo. Lo que sí puede intrigarnos es cómo un catedrático de teología de pensamiento riguroso compagina una perspectiva moral católica con una óptica científica aprendida en libros de física, medicina y filosofía¹³.

La fisiología de la experiencia amorosa

Los planteamientos científicos parten de la variedad del comportamiento humano, que el autor expresa en ocho preguntas:

¿Por qué, siendo todos los hombres de una misma naturaleza, uno ama una cosa y otro otra? ¿Por qué éste ama lo que aquél aborrece? ¿Por qué éste es ardiente en amar y aquél tibio? ¿Por qué algunos miran con perfecta indiferencia las personas del otro sexo de quienes otros apenas se pueden apartar? ¿Por qué éste entre las personas, ya de uno, ya de otro sexo, solo ama a una inferior en mérito a otras muchas, insensible para todas las demás? ¿Por qué un mismo sujeto aborrece hoy lo que amaba ayer o al contrario? ¿Por qué éste ama a quien le corresponde y aquél arde por quien le desdeña? ¿Por qué unos distraen la voluntad a muchos y varios objetos; otros no adoran más ídolo que el deleite o conveniencia propia? (TC, VII, 15, § VIII, 31)¹⁴.

Para Feijoo la humanidad se caracteriza no solo por la diversidad que las preguntas retóricas ponen de relieve sino también por su falta de racionalidad en cuestiones de amor: «el que conoce que el bien honesto es preferible al deleitable sin embargo abraza el deleitable, abandonando el honesto» (§ VIII, 32). La conducta, por consiguiente, depende de la «disposición» de la persona, lo que se manifiesta de dos maneras: «En cada individuo hay una disposición permanente en su naturaleza, y otras, que son pasajeras: aquélla consiste en el temperamento de cada uno; éstas en las accidentales alteraciones del temperamento» (§ VIII, 33). Siguiendo el hilo que acaba de establecer, pregunta «¿Mas qué temperamento será el que dispone para amar?», y como hombre culto de su época busca primero una contestación en la teoría de los humores, heredada

¹² Sobre las causas en el sistema filosófico de Aristóteles, véase Monte R. JOHNSON, *Aristotle on Teleology*, Oxford, Oxford University Press, 2008 [1.ª ed. 2005], págs. 40-63, especialmente págs. 42-49.

¹³ Véanse los dos excelentes capítulos de José Antonio MARAVALL «El espíritu de crítica y el pensamiento social de Feijoo» y «El primer siglo XVIII y la obra de Feijoo», *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, María del Carmen Iglesias (ed.), Madrid, Mondadori, 1991, págs. 190-212, 315-351.

¹⁴ En adelante citaré este discurso por el número de de sección y de párrafo.

del corpus de textos hipocráticos establecidos por la medicina griega tres siglos antes de la era cristiana¹⁵:

¿Mas qué temperamento será el que dispone para amar? ¿el bilioso? ¿el flemático? ¿el sanguíneo? ¿el melancólico? Inútilmente se buscará en esta división de temperamentos el que inquirimos, pues todas estas especies de temperamentos vemos en sujetos de genio muy amatorio y en sujetos que adolecen poco o nada de esta pasión (§ VIII, 34).

Su respuesta, no obstante, es que los cuatro tipos de carácter identificados en la teoría de los humores se encuentran tanto en «sujetos de genio muy amatorio» como en «sujetos que adolecen poco o nada de esta pasión», por lo que «[e]s preciso discurrir por otro camino».

De una argumentación fundamentada en una teoría antigua pasa a otra de actualidad basada en la fisiología, tal como avisó al principio del discurso. El benedictino afirma que el amor radica en los órganos donde se originan «todas las sensaciones internas»: el corazón u «otra entraña o miembro». Y recalca esta división separando su ubicación en el cuerpo de acuerdo con la naturaleza moral del sentimiento experimentado: «El que ama experimenta una determinada sensación en el corazón que es propia de la pasión amorosa [...]; el lujurioso experimenta en otra parte del cuerpo la sensación propia de la lascivia» (§ VIII, 35). La localización de la pasión amorosa en el corazón puede extrañarnos hoy, a pesar de que ha seguido usándose en el discurso no científico posterior. El lenguaje del benedictino mezcla aquí lo que parece ser una explicación científica con componentes claramente morales al hablar de lo que tiene que ser la excitación sexual.

La exposición empieza a tener visos de una clase de fisiología, con ribetes moralistas, a pesar del supuesto papel del corazón. Feijoo, sin embargo, elabora esta explicación más de un siglo después de que William Harvey (1578-1657) definiera el corazón como poco más que una bomba que hace circular la sangre¹⁶. Y notemos, por contraste, que el amigo del autor, Martín Martínez (1684-1734), en sus textos anatómicos *Anatomía compendiosa, y noches anatómicas* (1717) y *Anatomía completa del hombre* (1728), no menciona el corazón como sede de los sentimientos, sino meramente como órgano esencial de vida¹⁷.

¹⁵ Sobre la teoría de los humores, véase Vivian NUTTON, «Humoralism», en W. F. Bynum y Roy Porter (eds.), *Companion Encyclopedia of the History of Medicine*, Londres, Routledge, 1993, págs. 281-291. Véase además TC, III, 13, § XIII, 57, y TC, V, 2, § I, 7.

¹⁶ William HARVEY, *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus*, Frankfurt, Joannes Maire, 1628. La alta opinión que tenía Feijoo de Harvey consta en el «Prólogo» del tomo I del *Teatro crítico universal*, además de en TC, IV, 12. Más tarde, en las *Cartas eruditas*, Feijoo se refiere a la opinión de anatomistas modernos sobre el corazón como «verdadero músculo» (CE, I, 6, 41). Sobre la importancia de Harvey, véase Roy PORTER, *The Greatest Benefit to Mankind. A Medical History of Humanity from Antiquity to the Present*, Londres, Harper Collins, 1997, págs. 211-216.

¹⁷ Martín MARTÍNEZ, *Anatomía compendiosa, y noches anatómicas*, Madrid, Lucas Antonio de Bedmar, 1717, y *Anatomía completa del hombre*, Madrid, Bernardo Peralta, 1728.

¿Dónde se originan las sensaciones? En el cerebro, dice Feijoo, lugar donde se originan los nervios, y añade que en el cerebro se estampa la imagen de la persona amada, un proceso anterior a la provocación de las sensaciones en el corazón y las partes del cuerpo capaces de ser excitadas. No hay que concluir, sin embargo, que el sintagma «estampar la imagen» debe interpretarse literalmente, sino figurativamente; antes lo había calificado de «representación» y aclara este concepto más abajo en los párrafos 38 y 40. Pese a la insistencia en el corazón, un neurólogo actual entendería el argumento y también el dilema del benedictino cuando se pregunta sobre el papel del alma, que hoy suele llamarse la mente en contextos neurológicos, con la distinción, todavía debatida por neurólogos y filósofos, entre cerebro y mente¹⁸. El benedictino cuestiona los poderes de la mente, concluyendo «que muchas veces se excitan esas sensaciones no queriéndolo el alma, mas aun repugnándolo o disintiendo positivamente» (§ VIII, 37)¹⁹. Da en el clavo al suponer que hay «movimientos involuntarios de sensaciones, no sujetos al control o influencia de la mente». Y al llegar a esta conclusión Feijoo está al borde de exculpar al amante de las reacciones de su cuerpo —por ejemplo, la excitación sexual— que pueden ocurrir a pesar de sus intenciones racionalmente decididas. Feijoo termina esta parte de su argumento admitiendo que «[e]s, pues, preciso confesar que ésta es obra de un delicadísimo mecanismo» (§ VIII, 37).

La teoría sensista

La explicación expuesta a continuación es un planteamiento sin reservas de la teoría sensista del conocimiento que había tenido una exposición filosófica extensa medio siglo antes en el *Ensayo sobre el entendimiento humano* (1690) de John Locke (1632-1704), aunque a Feijoo le interesa más bien el aspecto físico²⁰. Feijoo no menciona el nombre del filósofo inglés aquí, y en otro escrito suyo le califica, junto con Thomas Hobbes (1588-1679), de materialista²¹, con la condena que llevaba implícita tal palabra para la teología católica ortodoxa

¹⁸ Véase José Manuel RODRÍGUEZ PARDO, *El alma de los brutos en el entorno del Padre Feijoo*, Oviedo, Fundación Gustavo Bueno / Pentalfa, 2008, págs. 259-266, y Antonio DAMASIO, *Self Comes to Mind. Constructing the Conscious Brain*, Londres, Vintage, 2012, págs. 180-209. En un texto posterior Feijoo matiza la distinción entre alma y cerebro: «Solo siente el alma, y siente en aquella parte del cerebro donde está el origen de los nervios» (CE, IV, 26, 18).

¹⁹ La palabra alma, sin embargo, seguía teniendo fuertes connotaciones teológicas, en contraste con «mente».

²⁰ En el discurso 13 del mismo tomo VII del *Teatro* Feijoo afirmó que «no hay otra experiencia que la que se tiene mediante la percepción de los sentidos» (TC, VII, 13, § III, 7).

²¹ «Juan Locke, a quien algunos hacen príncipe de los metafísicos de estos últimos tiempos, parece debe agregársele [a Hobbes, como materialista], aunque acaso no se explicó muy claramente» (CE, IV, 15, 4).

en el siglo XVIII; no obstante, es un adjetivo que Locke seguramente habría rechazado (CE, IV, 6, 15)²². Los objetos se presentan a los «sentidos externos» y hacen, dice, «una determinada impresión en los ramos de los nervios», que están «esparcidos» por el cuerpo, una idea conforme con la de un sistema nervioso central, aunque hoy día se precisa más, distinguiendo entre neuronas, axones, dendritas y las sinapsis donde ocurren las conexiones entre las neuronas²³. Feijoo califica las experiencias de los sentidos como ingratas o agradables, y aquí no separa la mente del cerebro, la parte que no hace más que recibir una impresión. En este momento notamos una reticencia a hablar del placer asociado con las experiencias amorosas, porque el autor traslada el argumento al terreno supuestamente paralelo de la comida, hablando de manjares que dejan impresiones, gratas o ingratas, en «las fibras de la lengua». Concluye que mediante la sensación causada en el cerebro «resulta la percepción [...] de los diferentes sabores de los manjares» (§ IX, 41). Es una comparación que el lector debe aplicar a la experiencia amorosa y sus placeres, terreno concreto al que nos lleva la sección siguiente, donde Feijoo pretende definir el amor.

Antes de pasar, sin embargo, a la siguiente parte de su argumento básico, Feijoo intenta aclarar, en un párrafo escueto de gran interés, la relación corporal entre la impresión hecha en la terminación del nervio y el cerebro donde se registra la sensación²⁴. De esta manera, demuestra su comprensión moderna de su relación, algo que explica con gran claridad:

Algunos nobles filósofos sienten que todas las sensaciones se hacen en el cerebro; quiero decir que aun las que imaginamos celebrarse en los órganos de los cinco sentidos externos no se ejercen en ellos sino en el cerebro. Consiguientemente afirman que hablando rigurosa y filosóficamente, ni el ojo ve, ni el oído oye, ni la mano palpa, sino que todos estos ejercicios son privativamente propios del cerebro (§ X, 43).

Después de un breve excursio fascinante sobre «Aquellos a quienes han cortado una pierna experimentan una sensación dolorosa, como existente en el pie, que ya no tienen», el autor afirma que «esta cuestión poco o nada importa a nuestro propósito», y vuelve al argumento central y al tema de «cómo se excita el amor».

²² Véase Arturo ARDAO, *La filosofía polémica de Feijoo*, Buenos Aires, Losada, 1962, pág. 118.

²³ Véase V. S. RAMACHANDRAN, *The Tell-Tale Brain. Unlocking the Mystery of Human Nature*, Londres, Windmill Books, 2012, págs. 14-23. Feijoo vuelve más tarde en su obra a la transmisión de las sensaciones, confesando su incertidumbre: «para mí es muy incierta» (CE, IV, 26, 12).

²⁴ DAMASIO dedica dos capítulos de su libro a detallar cómo la mente hace un mapa de las funciones del cuerpo. Véase *Self Comes to Mind*, págs. 63-107.

Las clases de amor y cómo se diferencian

La sección siguiente, en definitiva, pretende precisar lo que entiende Feijoo por amor (§ X, 44-49): «Tres especies de amor distingo: Apetito puro, amor intelectual puro, y amor patético». El amor intelectual puro equivale a la admiración, y el benedictino lo distancia de los otros dos tipos por faltar, a su parecer, una «conmoción en el cuerpo o parte sensitiva». Le resulta difícil, sin embargo, distinguir científicamente entre apetito y amor patético. «El amor patético», puntualiza, es «aquel afecto fervoroso que hace sentir sus llamaradas en el corazón». De nuevo figura el corazón en lugar del cerebro, pero ahora llaman la atención las imágenes de fiebres y llamas. Sus características aparecen en los diez adjetivos finales de su descripción, aunque las palabras parecen mezclar factores no polémicos con otros que suelen asociarse con el pecado:

El amor patético es [...] aquel afecto fervoroso que hace sentir sus llamaradas en el corazón, que le inquieta, le agita, le comprime, le dilata, le enfurece, le humilla, le congoja, le alegra, le desmaya, le alienta, según los varios estados en que halla al amante respecto del amado, y según los varios objetos que mira, ya es divino, ya humano, ya celeste, ya terreno, ya santo, ya perverso, ya torpe, ya puro, ya ángel, ya demonio (§ X, 46).

Los adjetivos «perverso» y «torpe» pertenecen al terreno de la teología moral y por tanto suponen un peligro moral desde una perspectiva católica. Pero Feijoo prosigue, entrando en distinciones complejas que en realidad resultan difíciles de seguir si el lector disiente del planteamiento moralista inicial del autor. El amor patético puede considerarse «torpe y perverso [...] por la concomitancia que a veces tiene con el torpe apetito», y el benedictino afirma que al amor entre personas puede agregarse «una pasión lasciva [...] si no cae en un temperamento muy moderado» (§ X, 47), argumento que remite a otro anterior sobre las diferencias de temperamento entre las personas. El componente lascivo lo postula aquí sin indicar su origen físico ni a qué órgano u órganos del cuerpo corresponde. Afirma que existen «dos pasiones diversas», una sentida en el corazón y la otra en lo que Feijoo llama «la oficina más baja de este animado edificio», sin especificar más. No tiene más remedio que decir que las dos pasiones son como «dos distintos fuegos, uno noble, otro villano, [...] aquél es propiamente amor, éste mero apetito» (§ X, 47); el lenguaje figurado, sin embargo, no aclara la realidad científica, por suponer juicios éticos de carácter subjetivo.

A continuación recurre de nuevo a teorías del carácter para explicar los distintos grados de excitabilidad, para las que sigue empleando el lenguaje figurado de fuego y llamas. Arguye que las centellas del amor noble pueden encender el amor villano, encontrado en «hombres muy lascivos», que lo son por temperamento. Y termina con asertos moralistas: «los hombres muy lascivos no son de

genio amatorio: apetecen, no aman; son como los brutos: quieren no el objeto, sino el uso; de que se sigue que, saciado el apetito, queda el corazón en perfecto reposo» (§ X, 47). Un biólogo darwinista sin duda discreparía, por faltar una distinción científica entre amor patético y lujurioso²⁵. Para Feijoo la lascivia, al parecer, es un componente fijo de la naturaleza humana; no sé si incluye aquí a las mujeres en su término «los hombres», aunque su argumentación en este discurso no ha distinguido entre una disposición diferente ante el amor de los dos sexos. Desafortunadamente, el benedictino no analiza la lascivia desde una óptica fisiológica y termina esta sección de su discurso hablando de las diferencias de temperamento, pero solo con respecto a la intensidad de los sentimientos, sin añadir nada a su razonamiento sobre lo que convierte el amor patético en lujurioso²⁶. Este planteamiento no se enfrenta con el instinto de procrear de la especie humana, impulso que explica la necesidad de sentimientos que un moralista calificaría de lascivos; solo la teoría de la evolución de Darwin, un siglo más tarde, relaciona de manera efectiva a los humanos con los llamados brutos para colocar el apetito sexual en un contexto biológico convincente²⁷.

Con un cambio de sección el autor vuelve al cuerpo humano y las impresiones hechas en los órganos, atribuyendo la diferencia de efecto en distintos individuos a la diferencia de las fibras de sus cerebros, argumento empleado antes para hablar de la variedad de comportamientos de distintas personas. De esta manera explica que la impresión de una persona u objeto hermoso en las fibras de un individuo produce amor, aunque no en otro con fibras distintas. Aquí sí Feijoo parece diferenciar desde una perspectiva científica las reacciones físicas cualificadas primero en términos morales. Y por fin, en apoyo de sus especulaciones, menciona una fuente: los estudios sobre el cerebro y los nervios del catedrático de la universidad de Oxford, Thomas Willis (1621-1675), cuyos libros contienen ilustraciones del sistema nervioso que indican cómo los nervios conectan con el cerebro²⁸. Feijoo cita a Willis hablando del nervio in-

²⁵ En el discurso «Paradojas médicas» Feijoo hace una afirmación no muy lejana del pensamiento darwiniano: «Yo imagino que, como, tomando los apetitos genéricamente, ninguno dio la naturaleza al hombre que no fuese ordenado a la conservación o del individuo o de la especie, con proporción se debe discurrir de los apetitos particularizados en orden a tal o tal objeto. Pero es menester la precaución de discernir si la particularización del apetito es inspirada propiamente de la naturaleza o viene de extravagancia de la imaginación, de algún mal hábito adquirido o de otro cualquier principio extrínseco o accidental a la facultad apetente» (TC, VIII, 10, Paradoja XVI, 116).

²⁶ Lo que viene a continuación no me parece que aclara la cuestión: «En esta especie de amor (digo el patético) hay notable discrepancia de unos individuos a otros. Hay algunos de índole tan tierna, de condición tan dulce, que se enamoran casi de cuantos tratan, y, como se suele decir, a todos quieren meter en las entrañas; al contrario otros, tan despegados, tan secos, tan duros, que ningún mérito basta a conciliar su cariño» (TC, VII, 15, § X, 48).

²⁷ Véase el capítulo «Natural selection» en Charles DARWIN, *On the Origin of Species*, Gilliam Beer (ed.), Oxford, Oxford University Press, 2008, págs. [63]-100.

²⁸ Sus libros más influyentes, publicados en latín, son *Cerebri anatome*, Londres, Thomas Roycroft, 1664, y *Pathologiae cerebri et nerviosi generis specimen*, Oxford, Guil. Hall, 1667. Según Feijoo «Averiguó Willis, con más exactitud que todos los que le precedieron, la composición del cerebro y de los nervios»

tercostal, parte de cuyas señales, dice, se distribuyen por el corazón y parte por los pechos y órganos genitales. El benedictino muestra cierto pudor en este momento al sintetizar las teorías de Willis quien, dice, «explicó mecánicamente varios fenómenos pertenecientes al deleite sensual y venéreo: materia sin duda de muy curiosa física, pero mirada con asco de la ética» (§ XII, 56)²⁹. Notamos la separación entre el análisis científico y el teológico-moral de la cuestión que la evidencia le obliga a constatar. Feijoo pretende rematar esta parte de su exposición sugiriendo que, de la misma manera que la textura del cerebro afecta a la impresión hecha en él por los objetos, la textura del corazón afecta a la impresión que viene del cerebro: «Así unos tendrán el corazón más dispuesto para la sensación de amor, otros de ira, &c.» (§ XII, 57). Es una explicación que parece bastante materialista³⁰, de acuerdo con las distinciones sugeridas por la fisiología.

La última sección de la exposición vuelve a la teoría de los humores, partiendo de su interpretación tradicional para hablar de lo que Feijoo llama «los líquidos que bañan el cuerpo». Dada la falta de una correspondencia entre los humores y los temperamentos lascivos, el benedictino confiesa que ha llegado a un impasse: «¿Mas qué humor será el propio para contribuir a la pasión amorosa? Eso es lo que yo no sé, ni juzgo que nadie sepa. No lo sé, digo, pero imagino que en la sangre propiamente tal está depositado este misterio» (§ XII, 59). El investigador de hoy pensaría sin duda en el sistema endocrino y la creación y circulación de hormonas relacionadas con la excitación sexual como explicación de la idea propuesta en el texto³¹. Feijoo, no obstante, termina su disquisición sobre «la causa dispositiva, o temperamento propio del amor, y otras pasiones» con una especie de disculpa por la posible falta de resultados más concretos en su planteamiento de la cuestión:

Espero de la equidad del lector que, aunque no haya hallado en algunas partes de este discurso aquellas pruebas claras que echan fuera las dudas, no por eso acuse mi cortedad. Debe hacerse cargo de que en una materia oscurísima, y hasta ahora tratada por nadie, cualquiera luz, por pequeña que sea, es muy estimable. Hay asuntos que piden más penetración para encontrar lo verisímil que se ha menester en otros para hallar lo cierto (§ XIII, 61).

(TC, IV, 14, § X, 22). Sobre Willis, véase J. T. HUGHES, *Thomas Willis 1621-1675*, Oxford, Rimes House, 2009.

²⁹ En un texto posterior Feijoo explicó que a veces hacía falta recurrir a los escritos de «herejes» en busca de la verdad, mencionando el primero a Willis (CE, III, 4, 18).

³⁰ Empleo la palabra «materialista» aquí en su sentido científico. En la época de Feijoo el peligro para la teología católica del materialismo radicaba en que negaba la existencia inmaterial del alma. Por ello, Feijoo ataca los escritos de Hobbes, y en menor medida los de Locke, por suponer que no creían en la inmortalidad y origen divino del alma. Véase la nota 21 arriba.

³¹ Chandak SENGOPTA, *The Most Secret Quintessence of Life: Sex, Glands, and Hormones, 1850-1950*, Chicago / Londres, University of Chicago Press, 2006.

Y con esa nota de humildad abandona la exposición fisiológica³².

Ocasiones para pecar

Una perspectiva contrastante, y a veces complementaria, sobre el amor se encuentra en el discurso de 1739 titulado «Importancia de la ciencia física para lo moral», cuya sección 13 trata del peligro de pecar por asistir a bailes o comedias (TC, VIII, 11, § XIII, 64-80)³³. Empleando el mismo esquema teórico que en el discurso sobre «Causas del amor», Feijoo cree que el peligro depende mucho del temperamento de la persona. Y al igual que en el texto anterior, cuando se cree en la necesidad de contrastar el amor puro y el amor lascivo, emplea imágenes. En los dos extremos se encuentran personas con un temperamento de fuego y las que lo tienen de hielo; la mayoría de los hombres, sin embargo, se sitúa en medio (§ XIII, 65). El benedictino estima que las personas muy inflamables constituyen apenas un dos por ciento de los hombres y menos de un uno por ciento de las mujeres, pero esos hombres corren un gran riesgo por conversar, ver, y, mucho más, abrazar o tener contacto con la mano de una mujer hermosa, como sucede en un baile. El riesgo, a su parecer, solo disminuye a medida que lo hace la belleza de la mujer. El argumento resulta curioso porque el autor introduce el factor del aspecto físico de la mujer como elemento determinante en la excitación del amor, elemento visual que desde luego se registra a través de los sentidos. Sin embargo, no limita el potencial seductor de una mujer a ese aspecto; cree que la facilidad de un hombre para ser seducido varía también de acuerdo con el carácter de la mujer. Es notable que en los ejemplos aducidos es siempre el hombre quien se siente atraído por los alicientes femeninos, nunca al revés. Añade que, según el individuo, un hombre puede ser cautivado por la belleza, discreción, aire, afabilidad, además de por la personalidad altanera, fiera, o terrible de una mujer (§ XIII, 66), algunas de cuyas características suponen juicios basados en un raciocinio intelectual.

Hechas estas aclaraciones, el autor vuelve al planteamiento inicial de su análisis; el pecado en realidad tiene su origen en si un hombre va a las diversiones en cuestión con la intención de pecar o no (§ XIII, 77). El contexto de una sala de baile o un teatro público apenas influye en el pecado; eso depende del temperamento y voluntad del pecador. De este modo Feijoo responde a la pre-

³² En «Mapa intelectual de las naciones» Feijoo elogia a ciertos científicos británicos por su humildad: «Señaladamente, en Bacon, en Boyle, en el Caballero Newton, y en el médico Sydenham, agrada ver cuán sin jactancia dicen lo que saben, cuán sin rubor confiesan lo que ignoran. Este es carácter propio de ingenios sublimes» (TC, II, 15, § VIII, 37).

³³ Sobre este discurso, véase FRANCISCO AGUILAR PIÑAL, «Tropiezo de Feijoo con la Inquisición», en Inmaculada Urzainqui (ed.), *Feijoo, hoy (Semana Marañón 2000)*, Madrid / Oviedo, Fundación Gregorio Marañón / Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, 2003, págs. [41]-89. En adelante citaré este discurso solo por el número de de sección y de párrafo.

gunta sobre el peligro de pecar, abarcando comentarios pertinentes sobre el comportamiento, principalmente de hombres, en contextos sociales concretos, con anotaciones curiosas sobre la motivación humana.

Un aspecto destacable de este discurso es que dos de sus párrafos fueron censurados por el Santo Oficio y por tanto debieron ser expurgados de ejemplares de la primera edición de este volumen del *Teatro crítico*, lo que igualmente acarrió su eliminación de impresiones posteriores³⁴. En los párrafos anterior y posterior a los censurados el benedictino hablaba de la evidencia derivada de los confesonarios, precisando que algunos clérigos que clamaban contra bailes y comedias habrían basado sus opiniones en la evidencia dada por los que confesaban. Como testigo de muchas confesiones Feijoo declara que un buen confesor debe saber, por conocer el carácter del penitente, cómo aconsejarle oportunamente para evitar el pecado en los dos casos mencionados (§ XIII, 76). Y de esta manera, como es característico de él, su consejo evita dogmatismos y supone tomar decisiones que tienen en cuenta los factores variables, basando su opinión en lo que conoce, en la experiencia. El contexto de una sala de baile o un teatro público, afirma, apenas influye en el pecado; esto depende del temperamento y voluntad del pecador (§ XIII, 79), y de esta manera concluye.

La condena por la Inquisición de la peligrosidad de los dos párrafos de su texto provocó una respuesta de Feijoo en forma de una carta dirigida al cardenal Molina, a quien había dedicado el tomo octavo del *Teatro crítico* que incluía el texto censurado. Francisco Aguilar Piñal ha estudiado a fondo este caso, en un trabajo en el que reproduce los dos párrafos expurgados además del texto de la carta enviada por el benedictino al cardenal. La cuestión tenía que ver con un ejemplo citado por Feijoo en que «Un joven frecuenta la casa de una mozuela y siempre que la visita peca con ella»³⁵. La cuestión moral trata de si la visita a la casa constituye la «ocasión próxima» del pecado. Feijoo opina que no, alegando que el consentimiento al pecado no nace de la visita (caso de la «ocasión próxima») sino que «ya va formado de antes». Y como consecuencia de su razonamiento el párrafo 75 de su discurso había propuesto un cambio pequeño en la manera de describir, en latín, lo que ocasiona el pecado. Después de la protesta de Feijoo, un consejero de la Inquisición, Antonio Jerónimo de Mier, intentó apaciguar los ánimos aclarando que la condena era solo «por contener doctrina peligrosa, y lo es toda materia de moral, siendo delicada puesta en castellano, y más en libros que se han extendido mucho»³⁶. La frase del in-

³⁴ *Índice último de los libros prohibidos y mandados expurgar para todos los reynos y señoríos del católico rey de las Españas el Señor Don Carlos IV*, Madrid, Antonio de Sancha, 1790, pág. 103.

³⁵ Cito por la primera edición del tomo VIII del *Teatro crítico* y de un ejemplar en que la tachadura de los dos párrafos condenados no impide su lectura: Benito Jerónimo FEIJOO, *Teatro crítico universal, o discursos varios en todo género de materias, para desengaño de errores comunes*, Madrid, Imprenta de Francisco del Hierro, 1739, pág. 345.

³⁶ AGUILAR PIÑAL, «Tropiezo de Feijoo con la Inquisición», pág. 50.

quisidor evidenciaría el deseo de evitar que se airearan críticas, por pequeñas que fueran, a las imprecisiones en la normativa eclesiástica sobre el pecado, especialmente en una obra con la popularidad del *Teatro crítico*, que critica en un castellano accesible a todos una reglamentación redactada en latín, lo que suponía que tales matices solo los entendía una minoría culta. Sin embargo, la condena hecha pública en un *Edicto* del 6 de setiembre de 1739 se mantuvo, a la gran sorpresa del lector posterior, quien se preguntaría sobre lo que podría haber ocasionado el expurgo de los dos párrafos en las ediciones primitivas del octavo tomo del *Teatro crítico*.

La actividad sexual y la salud

Otra perspectiva complementaria sobre el amor, o más concretamente en este caso sobre la sexualidad masculina, se encuentra en el mismo discurso, cuyo párrafo § XIV parece tratar un posible error común: «aunque el excesivo ejercicio venéreo es pernicioso a la salud del cuerpo, el moderado es, respecto de muchos sujetos, provechoso» (§ XIV, 81-91), materia que, según confiesa el autor, le ha causado «gran molestia y tedio». Antes de razonar su respuesta, nos anticipa su conclusión de que la segunda parte de la afirmación es «falsa en lo físico y escandalosa en lo moral» (§ XIV, 81). Explica que los hombres cuidan mucho la salud de sus cuerpos, y por tanto existe el peligro de que algunos, obligados a la abstinencia, sigan el consejo «en contemplación de su salud, sacrificando la del alma a la del cuerpo». Sin embargo, en apoyo a su rechazo del consejo, cita a médicos que niegan que la actividad sexual afecte a la salud.

El razonamiento inicial se basa enteramente en la teoría de los humores. Feijoo se refiere primero a los casos de hombres afectados por dos déficits en el equilibrio de sus humores, los que adolecen de frialdad o de humedad, y alega que la actividad sexual, en cambio, enfría el cuerpo, y cita a algún «incontinente» que afirmó que una vez satisfecho su apetito había padecido un deliquio (es decir, un desmayo), o una debilidad molestísima (§ XIV, 83). En concreto, dice Feijoo, mientras disminuye una fuente de humedad aumentan otras. Con respecto a la actividad sexual como remedio eficaz para adelgazar, Feijoo trae a colación el caso del rey Enrique VIII de Inglaterra que engordó mucho a pesar de ser «uno de los más lascivos príncipes que ha habido» (§ XIV, 85). Cita como fuente un historiador francés, el jesuita Pierre-Joseph d'Orléans, cuyos comentarios habían puesto énfasis en el comportamiento disoluto de un rey que separó la Iglesia en Inglaterra de la comunidad católica³⁷.

³⁷ Pierre-Joseph D'ORLÉANS, *Histoire des révolutions d'Angleterre, depuis le commencement de la monarchie*, París, Chez Pierre-François Giffart, 1751, III, págs. 138-139. En este caso Feijoo no refleja correctamente lo que dice el historiador francés.

En cuanto a la teoría de que la falta de actividad sexual provoca la acumulación de ciertos líquidos en el cuerpo masculino que luego se vuelven nocivos, argumento en contra del celibato eclesiástico, Feijoo la atribuye a médicos de quienes se la han apropiado indebidamente los teólogos (§ XIV, 89). En apoyo de su razonamiento el benedictino añade que, según el médico holandés Hermann Boerhaave (1668-1738), catedrático de la Universidad de Leyden, la citada acumulación es falsa, basándose en su manual reciente *Institutiones medicae* (§ XIV, 89). En este caso sí le interesó a Feijoo traer a colación una autoridad académica que había publicado argumentos fisiológicos no opuestos al celibato eclesiástico. Concluye que «[s]erá continente el que quisiere serlo, implorando la divina gracia, sin tener que temer por la salud del cuerpo» (§ XIV, 90). El catedrático de Oviedo, expresando su fastidio al razonar sus objeciones al lugar común inicial, concluye que lo hizo debido a la importancia de la cuestión. En este caso, al no poder recurrir a la experiencia como base de su argumento, se ha visto obligado a citar en apoyo de sus razonamientos el testimonio de un médico solvente cuya objetividad no cree cuestionable. Resume su análisis con la afirmación que ha «probado tan sólidamente que el deleite venéreo, aun tomado con moderación, no es provechoso al cuerpo» (§ XIV, 91), lo que en efecto no quiere decir que sea nocivo, ni deje de ser placentero.

El método razonador

Toca ahora distanciarnos de los detalles de las exposiciones concretas para ahondar en cómo razona Feijoo en los textos citados. El primer caso presentado constituía el planteamiento ordenado de los procesos fisiológicos que ocurren cuando un ser humano percibe un objeto o persona y la experiencia desemboca en el sentimiento del amor, distinguiendo luego tres tipos de amor según cómo repercuten en el cuerpo del amante y de acuerdo con su significado moral. Aquí no se encuentra ninguna tesis para combatir, como en el debate sobre la peligrosidad moral de los bailes o los efectos en la salud de la actividad sexual. El caso es principalmente una lección de fisiología con un complemento moral secundario. El tono no es polémico; más bien pretende ser objetivo, excepto por la intermitente contextualización moral.

Las referencias a autoridades u otros autores son curiosas³⁸. Aparecen Ovidio al principio y Virgilio al final, y entre estos dos extremos encontramos la mención de filósofos escolásticos, filósofos modernos, nobles filósofos, y teólogos

³⁸ Feijoo escribe en el «Prólogo» al tomo V del *Teatro crítico*: «Como yo cito pocas veces, levantaron el grito que muchas de las noticias que propongo sin señalar los autores en quienes las he leído eran forjadas en mi cerebro. [...] Por estas razones [no hacer sus libros fastidiosos y molestos], y por imitar la práctica corriente de los mejores escritores de otras naciones, he excusado y excuso citar lo más que puedo, sin embarazarme en la duda de si me creará el público.»

morales, todos sin nombrar, además de unos llamados «modernos» y el autor satírico de origen escocés, nacido en Francia, John Barclay (1582-1621). El único científico que figura es el catedrático de medicina, Thomas Willis, cuya mención permite que Feijoo se muestre al día con la investigación del sistema nervioso y del cerebro.

Pese a la falta de citas concretas de autoridades puntuales en este discurso, la deuda de Feijoo con el pensamiento médico desde Hipócrates y la tradición antigua griega, pasando por Galeno y su revitalización en los siglos XVI a XVIII, es evidente en todas sus explicaciones del cuerpo humano. La teoría de las causas resulta tan obvia como referencia al pensamiento filosófico de Aristóteles que ni siquiera le menciona. Al referirse al corazón no se le ocurre mencionar a Harvey, a quien había elogiado en otras partes del *Teatro crítico*. Resulta inconcebible, por tanto, que, a pesar del hallazgo del médico inglés, Feijoo todavía sitúe ciertos fenómenos relacionados con los sentidos en ese órgano. En un tomo anterior del *Teatro crítico* (TC, IV, 14, § X, 26) Feijoo había mencionado el nombre de su gran amigo médico Martín Martínez y es de imaginar que estuviera al tanto del estado actual de la anatomía de la época por su lectura de las obras de su colega, aunque no le menciona en este discurso. Ya que faltan muchas citas concretas de sus fuentes, el método seguido en la segunda parte de «Causas del amor» es filosófico en el sentido etimológico de la palabra, una búsqueda de la verdad, o al menos lo que parece, según Feijoo, «verosímil» (TC, VII, 15, § XIII, 61). Y para llegar a las verdades que le interesan su método se reduce a un raciocinio, enlazando los esquemas tradicionales y hallazgos de las ciencias como materia que al final le permita una explicación clara de cómo la evidencia de los sentidos es procesada por el cuerpo para inducir a actuar o no, y de acuerdo o en contra de las normas de la moral católica.

La técnica argumentativa del benedictino en este discurso podría suponer ciertos peligros, sin embargo. A pesar de las referencias morales, destaca el planteamiento físico del cuerpo, recalcado en comparaciones de su funcionamiento con una máquina; igualmente habla del sistema nervioso que funciona como un «delicadísimo mecanismo» (TC, VII, 15, § VIII-IX, 37-38). No obstante, Feijoo confía en la capacidad de las investigaciones científicas para explicar fenómenos complejos relacionados con el funcionamiento del cuerpo y parece no tener miedo de entrar en terrenos que podrían ser delicados para la doctrina moral católica. El rechazo en varios momentos de la teoría médica de los humores y del esquema filosófico de las causas pone en primer plano el argumento basado en la física, y una lectura a contracorriente podría no hacer caso a las referencias moralistas para terminar con una interpretación materialista del funcionamiento del cuerpo en el terreno sexual. Es así precisamente como varios pensadores franceses tomaron la teoría sensista propugnada por Locke, pasando por alto las referencias cristianas en su texto para fijarse solo en

una interpretación materialista³⁹. Concretamente en el terreno de la sexualidad, La Mettrie (1709-1751), un médico y filósofo francés más o menos coetáneo de Feijoo, además de alumno y traductor de Boerhaave, adoptó una postura materialista que aplicó a la sexualidad, sin hacer caso a las condenas morales proclamadas por el catolicismo⁴⁰.

En su argumento sobre la peligrosidad de los bailes y de la asistencia al teatro Feijoo califica su método de «reflexión» (TC, VIII, 11, § XIII, 64). El lector es consciente de que la cuestión concuerda con el objetivo del *Teatro crítico* de analizar posibles «errores comunes». El tema es concreto pero el razonamiento de Feijoo es sutil: examina y valora los argumentos ya esgrimidos por otros, uno por uno, y ahonda en sus matices señalando la debilidad de varios de ellos. Intenta entender por qué se ha recomendado cierta conducta y su respuesta le lleva a examinar las circunstancias concretas. No tiene miedo de señalar exageraciones o errores en la argumentación de figuras de autoridad, como algunos padres de la Iglesia (§ XIII, 71). Y como sería de esperar no termina con una postura tajante; el peligro depende del tipo de baile, del temperamento de la persona que asiste. Ante la rigidez de algunos moralistas él abraza posturas más flexibles (§ XIII, 76). Y, aunque estos párrafos constituyen una argumentación sobre opiniones ya existentes, Feijoo no menciona muchos nombres en concreto, solo San Ambrosio, el Padre Señeri y Jean de Charlier de Gerson (1363-1429) (§ XIII, 68 y 70-71). Otros moralistas que han terciado en el debate se mencionan solo como «los Casuistas», «Predicadores», «los Santos» y «Casuistas, Predicadores, y Autores de otros libros» (§ XIII, 64, 68-69, 72-73). En este caso prefiere examinar argumentos a barajar nombres. Su exposición escrita se compone de razonamientos repletos de lógica y rigor, y apoyados en datos concretos —lo que suele llamar «experiencia»— que pueden resultar de observaciones personales o información derivada de libros de historia.

Al tratar el tema de los posibles peligros de una vida sexual calificada de excesiva o inactiva, el lector nota la concentración casi completa en la segunda posibilidad, lo cual resulta comprensible, pues desde su condición de fraile el autor tendría motivos acuciantes para defender el celibato. Al no poder hacerlo desde la perspectiva de la propia experiencia, necesita aducir autoridades de gran peso científico en apoyo de sus asertos. Su argumento empieza apelando a las afirmaciones de «Emilio Parisano y otros médicos» (§ XIV, 82) y termina con otro médico, el catedrático de Leyden, Hermann Boerhaave, una autoridad difícil de contradecir, dado su renombre europeo. Quizás no nos sorprenda, en cambio, que en cierto momento cite el ejemplo de la vida supuestamente

³⁹ Es digno de notarse que la opinión que Feijoo tenía de Locke parece basarse precisamente en esta lectura errónea del pensador inglés. Sobre la interpretación de Locke en Francia, véase John W. YOLTON, *Locke and French Materialism*, Oxford, Oxford University Press, 1991.

⁴⁰ Véase Julien OFFROY DE LA METTRIE, *El hombre máquina. El arte de gozar*, Agustín Izquierdo y María Badiola (trads.), Madrid, Valdemar, 2000.

disoluta de Enrique VIII y aún menos que aparezca el nombre del «sucísimo Lutero», que, en una cita que da Feijoo en latín, había declarado la actividad sexual tan necesaria como comer o beber.

De lengua y estilo

Conviene finalmente decir algo sobre la presentación de las ideas del Padre Maestro⁴¹. Aunque el título puesto al ensayo «Causas del amor» puede antojár-senos muy abarcador, las divisiones internas del discurso marcan claramente el paso de un tema a otro. Después del planteamiento inicial de cómo el cuerpo procesa las señales transmitidas por los nervios, el texto se ocupa de tres tipos de amor. El objetivo de claridad se evidencia en que el autor dedica inicialmente sendos párrafos a los tres tipos (TC, VII, 15, § X, 44-46). Una estrategia estructurante eficaz que emplea a menudo para establecer una nueva temática es una pregunta clave en la primera frase del párrafo (§ VIII, 33-34 y 36). El estilo expositivo hace hincapié en la claridad, a lo que el autor se refiere en otro texto como la «lengua común de los hombres» (§ I, 5)⁴². Esos hombres, y mujeres se entiende, necesitan saber latín. Los párrafos sobre el amor están salpicados de citas de autores de la Roma clásica además de frases de teólogos, predicadores y santos posteriores cuyos escritos se reproducen en su lengua original. Incluso espera el benedictino que sus lectores sepan las frases hechas en latín que debía conocer una persona culta de su época.

En las explicaciones anatómicas Feijoo no evita la terminología científica aunque en realidad tales palabras no abundan. Encontramos igualmente términos corrientes en el discursar filosófico como «máxima», «axioma» o «paradoja». Pero como hemos visto ya, en contraste con el lenguaje sobrio de la erudición, recurre a formas figuradas expresivas cuando convienen a sus fines⁴³. Recordamos cómo evoca las grandes diferencias en las reacciones físicas de las personas: «Hay temperamentos de fuego y temperamentos de hielo. Hay corazones tan inflamables que la chispa más tenue y más caduca los alampa. Hay otros tan resistentes al fuego venéreo como al material el amianto» (TC, VIII, 11, § XIII, 65). El empleo de los adornos de la retórica, como las variantes posibles en las repeticiones, está supeditado al objetivo de explicar las cosas de manera clara⁴⁴.

⁴¹ Véase Rafael LAPESA, «Sobre el estilo de Feijoo», en VV. AA., *Mélanges à la mémoire de Jean Sarrailh*, París, Institut d'Études Hispaniques, 1966, págs. 21-28, t. II; cito por la reimpression en el libro del autor *De la Edad Media a nuestros días. Estudios de historia literaria*, Madrid, Gredos, 1967, págs. [290]-299.

⁴² PÉREZ-RIOJA hace unos breves comentarios pertinentes sobre su estilo en *Proyección y actualidad de Feijoo*, págs. 111-113.

⁴³ LAPESA, «Sobre el estilo de Feijoo», págs. 296-299.

⁴⁴ Véase Pedro ÁLVAREZ DE MIRANDA, «Perfil literario del Padre Feijoo», en Inmaculada Urzainqui (ed.), *Feijoo, hoy*, págs. [119]-127, especialmente págs. 123-127.

Feijoo emplea múltiples preguntas en aras de la aclaración (TC, VII, 15, § VIII, 31). O como vimos en el primer párrafo de «Causas del amor», redacta un párrafo de seis afirmaciones hiperbólicas en paralelo para llamar nuestra atención y excitar el interés por la materia de su discurso (TC, VII, 15, § I, 1). No sabemos con qué resultado, solo nos queda imaginarlo.

Final

Los discursos comentados arriba representan dos tipos de texto que su autor habría concebido de dos maneras diferentes. El extracto de «Causas del amor» supone la explicación de procesos fisiológicos que el autor cree innovadora, y es más arriesgada para él por ser de carácter científico y por requerir una exposición fisiológica en la que pudiera haber referencias a la moral católica. Los extractos de «Importancia de la ciencia física para lo moral» pretenden corregir errores sobre aspectos de moral y por tanto no suponen un razonamiento filosófico complejo; solo exigen la identificación de conceptos o argumentos falsos y la afirmación de datos correctos para terminar destacando la verdad sobre cada cuestión.

Pese a su diferencia de enfoque, la técnica empleada en estos textos se presta a ser analizada empleando dos términos clave que Feijoo menciona con frecuencia: razón y experiencia⁴⁵. En el texto sacado de «Causas del amor» la razón sirve como guía para el autor al enlazar los conocimientos que tiene de la fisiología con el fin de presentar una teoría de cómo el encuentro sensorial del individuo con un objeto o individuo produce las reacciones físicas en los nervios, cerebro y mente que constituyen un aspecto del amor. La teoría elaborada por el benedictino parece válida con la excepción de su deseo de explicar, conforme a los conocimientos fisiológicos de entonces, la diferencia entre el amor patético y lo que llama apetito o lascivia. La falta de fuentes para apoyar esta diferencia debilita la teoría de Feijoo y parece que le guían las distinciones morales derivadas de su experiencia de teólogo.

En «Importancia de la ciencia física para lo moral» la razón está presente en su sentido de raciocinio, tal como la explicó el autor en el «Prólogo» del tomo II del *Teatro crítico* al elaborar los principios de su metodología. El razonamiento supone el empleo correcto de las fuentes citadas y su experiencia personal. Al considerar el peligro de pecar en un teatro o baile, el recurso a la experiencia personal ocupa un lugar destacado y no hay motivos para no aceptar la conclusión final. En cambio, el argumento sobre el celibato, lo que en realidad constituye la postura defendida por el autor, parece débil desde una perspectiva

⁴⁵ El «Prólogo» del tomo II del *Teatro crítico* afirma en su párrafo 10: «Salgo al campo sin más armas que el raciocinio y la experiencia»

moderna, porque casi todo depende de la teoría de los humores, presente incluso en su fuente médica de mayor prestigio, el holandés Boerhaave. Y, desde luego, la referencia a Enrique VIII y la cita de Lutero no sirven para apoyar la validez de la postura del autor desde una perspectiva científica.

En los dos párrafos precedentes se ha hecho mención de un tercer elemento de su técnica argumental que Feijoo suele minusvalorar en sus declaraciones explícitas, el uso de autoridades, indicando sus nombres. El campo moderno de la ciencia está acostumbrado a las referencias a las fuentes de información aportada porque a veces ayudan a explicar errores en los argumentos de quienes las emplean⁴⁶. En sus escritos el benedictino no cree necesario respaldar su uso de la teoría aristotélica de las causas, ni el empleo de la teoría de los humores, porque en su época ninguna persona culta las ponía en duda, ni las ignoraba. Hay, sin embargo, otra autoridad, más bien una fuente absoluta de verdad, que Feijoo no puede cuestionar: las posturas morales de la Iglesia Católica. En sus planteamientos tocantes al amor y la sexualidad no faltan alusiones implícitas y explícitas no solamente al dogma sino también a toda la tradición ideológica acumulada por el catolicismo a través de los siglos. Y esa tradición supone la incorporación de creencias paganas anteriores a la era cristiana o las pertenecientes a la tradición romana subsiguiente. La autoridad de la Iglesia Católica permea los dos discursos comentados en este estudio y Feijoo ajusta sus razonamientos, cuando sea necesario, para que no se opongan a la fe.

Si ciertos elementos de la argumentación del benedictino resultan dudosos en los textos estudiados, la accesibilidad de sus razonamientos para el lector culto, en cambio, subraya su capacidad para hacerse entender, en claro contraste con otros escritores de su época. El rechazo de tecnicismos y la voluntad de claridad expresiva son notables, incluso a dos siglos de distancia. En cuanto al estilo destaca su técnica de ampliación para facilitar la transmisión de ideas posiblemente complejas, y como han indicado otros estudiosos, su prosa no deja de ser elegante. Incluso su recurso a imágenes tradicionales, cuando se enfrenta con explicaciones de experiencias sensoriales, facilita su entendimiento una vez que el lector se ha acostumbrado a ellas.

Llama la atención igualmente una característica de su manera de aproximarse a la experiencia humana presentada en estos textos, que uno imagina basada en su respeto por el rigor de la metodología científica. Me refiero a su creencia en la variedad humana, algo que milita contra el dogmatismo, especialmente en el terreno de lo moral. En el texto sobre la asistencia a bailes y al teatro Feijoo deja claro que el peligro de pecar puede depender en gran medida del carácter de la persona, y esta diversidad destaca también en la experiencia física del amor en

⁴⁶ Resulta sumamente curioso, entonces, el empleo erróneo de la función del corazón en «Causas del amor» y la falta de una mención de Harvey, cuando en otras partes de su obra había elogiado al médico inglés por su habilidad científica.

«Causas del amor». La constatación de este hecho le hace desconfiar, a veces, de proponer verdades pretendidamente universales. Este principio constituye también uno de los fundamentos de su actitud escéptica ante supuestas verdades que él concibe como «errores comunes».

Una característica final que el análisis de «Causas del amor» le obliga al estudioso a reconocer es la visión historicista de Feijoo. Las fuentes empleadas en este discurso abarcan desde la ciencia médica de los griegos anterior a la era cristiana hasta los libros del «hereje» Willis, publicados pocos años antes de que naciera el benedictino. No obstante, cuando especula sobre «los líquidos que bañan el cuerpo», es imposible no pensar en que el mismo Feijoo reconocía que la ciencia es una disciplina abierta, que sus progresos se miden por nuevos descubrimientos, y que faltaba algo, aún sin descubrir, que explicara más completamente el fenómeno que él había intuido y concebido como una cuestión carente de explicación. Reconocemos que los extensos conocimientos del benedictino de la historia de las ciencias están detrás de su creencia general en el progreso cultural y de su humildad al tener en cuenta que los paradigmas aceptados en un momento histórico dado son susceptibles de matizaciones y mejoras a la luz de los resultados de nuevas investigaciones. Esta fe en un concepto clave de la metodología del empirismo resulta evidente y está en la base de la inquietud intelectual de Feijoo que constantemente le anima a dedicar sus energías y talento filosófico a asentar verdades y deshacer errores.